

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

Textos y documentos

Número 224

Valencia, 13 de Septiembre de 1937

María Carbonell, 2

"EL 15 de Mayo escribí a los Reverendos Metropolitanos para ponerles al corriente de una indicación que había recibido días antes del Jefe del Estado"...

Los secretos de la rebelión ◀ Franco encargó al Dr. Gomá la publicación de la Carta Colectiva

El Dr. Gomá ha tropezado con una opinión católica adversa y se muestra inquieto por cierta atmósfera de mediación

Jamás en el transcurso de esta espantosa guerra civil, ni durante todo este período de confusión de las conciencias católicas nos ha llegado de la zona rebelde un síntoma tan expresivo y consolador como el envío de la copia que publicamos con estas líneas.

La mano que, en tácita disidencia, nos remite esta copia, está hecha más para bendecir que para empuñar una espada agresiva o una pluma propagandista. Y el anillo que la adorna y la califica nos muestra de manera consoladora, expresándonos su simpatía, que no todo es insensato en el panorama de las altas esferas delirantes; que no todo es mezquino espíritu partidista entre los dirigentes que, por serlo, por su elevada situación, deben estar más cerca de Dios que de las pasiones humanas. Hay alguien aún que en medio de las tinieblas se siente asistido por la luz y en medio de las negaciones ha tenido la voluntad de encontrarse a sí mismo y de encontrar en él a Cristo. Hay alguien aún que, en la tierra gris de Castilla, ha sabido orar con el poeta clásico castellano:

«Dadme, Señor, la firme voluntad compañera y sostenida de la virtud: la que sabe encontrar en el abismo la quietud y la claridad en medio de la noche.»

* * *

Merced a la reacción de esta alta y firme conciencia católica, llega a nuestro poder la copia exacta de la carta que el doctor Gomá, arzobispo de Toledo y cardenal Primado de España, ha enviado a los obispos españoles para obligarles a firmar la Carta Colectiva, que se ha enviado a los obispos del mundo entero.

El texto que reproducimos viene a apoyar lo que ya hemos dicho en estas columnas:

Que se trata de una maniobra de propaganda franquista, al servicio de los rebeldes, y no de un documento de móviles y fines puramente eclesiásticos.

Que no se ha hecho por iniciativa espontánea del Episcopado, sino a petición del rebelde Franco, a quien el cardenal llama «Jefe del Estado».

Que el autor de la Carta Colectiva es el doctor Gomá, el cual requirió la firma de todos los obispos que se hallan en la zona rebelde.

Que todo esto es consecuencia del ambiente adverso que encontraba la Cruzada en el mundo católico, como daba a entender el propio doctor Gomá en su carta al arzobispo de Génova.

* * *

Ahora, con la Carta preliminar que reproducimos, nos enteramos de algo más.

La Carta Colectiva, escrita por el doctor Gomá, fué

impresa antes de que la conociesen quienes habían de firmarla. Estos se encontraron más tarde ante lo que pudieramos llamar un hecho consumado: un trabajo impreso y un cuestionario capcioso al que tenían que responder sobriamente.

Pero la exacta verdad es, según la Carta, que todos

Una vez escrita por el doctor Gomá la Carta Colectiva que aún era una carta individual, faltaba que los prelados diesen también su conformidad al texto: «¿Está bien así?». Pero los prelados no podían proponer modificaciones que fuesen de detalle y de estilo. No interesaban. Lo que interesa, sin duda alguna, lo que nos in-

Texto de la carta particular en que el Cardenal transmite la coacción del rebelde

EL CARDENAL ARZOBISPO
DE TOLEDO

PAMPLONA, 7 JUNIO 1937.

EXCELENCIA Y AMIGO:

EL 15 DE MAYO ESCRIBI A LOS REVERENDOS METROPOLITANOS PARA PONERLES AL CORRIENTE DE UNA INDICACION QUE HABIA RECIBIDO POCOS DIAS ANTES DEL JEFE DEL ESTADO Y PEDIRLES SU OPINION SOBRE LA CONVENIENCIA DE SECUNDARLA. LA RESPUESTA HA SIDO AFIRMATIVA. ESTA INDICACION HA DADO LUGAR A LA REDACCION DE UN PROYECTO DE CARTA COLECTIVA DEL EPISCOPADO ESPAÑOL A LOS OBISPOS DEL MUNDO ENTERO, DE LA CUAL TENGO EL HONOR DE REMITIRLOS UN EJEMPLAR EN PRUEBAS DE IMPRENTA Y CUYO OBJETO ES, SECUNDANDO ESA ALTA INICIATIVA, DAR, DE UNA MANERA AUTORIZADA, NUESTRA IMPRESION SOBRE EL MOVIMIENTO NACIONAL, Y ESPECIALMENTE REPRIMIR Y CONTRARRESTAR LAS OPINIONES Y LAS PROPAGANDAS ADVERSAS QUE, HASTA EN UN GRAN SECTOR DE LA PRENSA CATOLICA, HAN CONTRIBUIDO A FORMAR EN EL EXTRANJERO UNA ATMOSFERA TOTALMENTE ADVERSA QUE HA REPERGUTIDO EN LOS CIRCULOS POLITICOS Y DIPLOMATICOS QUE DIRIGEN EL MOVIMIENTO INTERNACIONAL.

V. E. COMPRENDERA QUE EL DOCUMENTO ES GRAVE Y QUE ENCIERRA UNA RESPONSABILIDAD NO PEQUENA PARA EL EPISCOPADO ESPAÑOL. HE DADO CONOCIMIENTO DEL PROYECTO A LA SANTA SEDE. TAMBIEN ME PERMITO ROGAROS QUE LO LEAIS CON ATENCION Y ME RESPONDAIS LO ANTES POSIBLE A LOS SIGUIENTES PUNTOS:

1) ¿RESPONDE EL DOCUMENTO, EN SU

FONDO Y EN SU FORMA A LAS INTENCIONES INDICADAS MAS ARRIBA Y A LAS EXIGENCIAS DE UN DOCUMENTO QUE FIRMA TODO EL EPISCOPADO?

2) ¿CREEIS QUE SE DEBEN INTRODUCIR EN EL MODIFICACIONES IMPORTANTES, Y CUALES? NO INTERESAN LAS DE DETALLE Y ESTILO.

3) EN EL CASO DE QUE EL ESCRITO MERECIERE VUESTRA APROBACION, ¿CREEIS OPORTUNO QUE SE DIRIJA SOLAMENTE A LOS OBISPOS EXTRANJEROS, DEBIDAMENTE TRADUCIDO, O CONVIENE QUE SE LE DE UNA PUBLICIDAD MAS AMPLIA?

PODEIS DAR VUESTRA RESPUESTA BREVEMENTE INDICANDO SOLO LOS NUMEROS 1, 2, 3, PARA EVITAR EL PELIGRO DE QUE SE PIERDA. EL DOCUMENTO SERIA FIRMADO POR TODOS.

MERCED A UNA INFORMACION COPIOSA QUE TENGO DEL EXTRANJERO, PUEDO ASEGURAROS QUE, ESPECIALMENTE EN INGLATERRA, FRANCIA Y BELGICA, PREDOMINA, HASTA EN LOS CATOLICOS, UN CRITERIO CONTRARIO AL MOVIMIENTO NACIONAL, Y QUE, AUN EN LOS MEDIOS QUE NOS SON MUY FAVORABLES, SE CREE NECESARIA LA TERMINACION DE LA GUERRA POR MEDIO DE UN ACUERDO ENTRE LAS PARTES BELIGERANTES.

APROVECHO LA OCASION PARA DECIROS QUE EL MODULO DE LOS INFORMES DIOCESANOS RELATIVOS A LOS EXCESOS DE LA REVOLUCION, DE LOS QUE TENDRE EL GUSTO DE ENVIAROS EN BREVE ALGUNOS EJEMPLARES, HA SIDO APROBADO POR LA SECRETARIA DE ESTADO.

EN ESTA OCASION ME ES AGRADEBLE REITERARME MUY AFECTUOSO AMIGO Y HERMANO DE V. E.,

I. CARDENAL GOMA

los prelados habían dado en principio su conformidad sobre la conveniencia de secundar la indicación del general rebelde. Es decir, que el cardenal advirtió primeramente a los prelados: «Franco dice que es conveniente hacer esto. ¿Qué opinan ustedes?» Y los prelados contestaron, con la humildad indiscutible propia de su formación espiritual: «De acuerdo».

teresa a nosotros es saber lo que el doctor Gomá entendía por estilo y detalle.

Si por casualidad hubiese algún prelado (y tenía que haberlo) que encontrase injusto lo que se, silenciaba, ¿sería esto una cuestión de estilo?

Quizá algún prelado sintiese reparos de conciencia al (Continúa en la página siguiente.)

ver que, como ejemplo de la conculcación del derecho de gentes, se citaban especialmente las prisiones de Bilbao y no se precisaba la conducta ejemplar del Gobierno Vasco en éste y en tantos otros aspectos, y no se hacía siquiera mención de la destrucción de Guernica. ¿Sería éste un detalle insignificante?

Por el contrario, si algún prelado hubiese escrito que los imaginarios «agitadores especializados», cuyo número fijaba en 79 el doctor Gomá, eran más bien 83, ¿habría despreciado el cardenal una exactitud tan interesante?

Todo esto es muy verosímil y se conoce la posición beligerante en que se mantiene desde hace largo tiempo el doctor Gomá, para quien la sedición es una guerra santa; los rebeldes, cruzados; la sangre del pueblo, símbolo de fe y de caridad, los crímenes de uno de los campos, excesos comprensibles, y los excesos del otro, horribles crímenes; los sacerdotes asesinados en una parte, mártires, y los asesinados en la otra, gente que ha muerto por razones inconfesables.

Terminaremos tomando nota de las preocupacio-

nes fundamentales que parece demostrar el doctor Gomá en la Carta que reproducimos. Diríase que el hecho de haber tropezado con una opinión católica adversa no es lo que más le importa. Lo que parece preocuparle más es que esta opinión «ha repercutido en los círculos políticos y diplomáticos que dirigen el movimiento político internacional». No decimos que la disidencia de una gran opinión católica no le importe mucho al cardenal, pero es indudable que la influencia de ésta en la política internacional preocupa más al partidista que es el doctor Gomá.

Hace constar de la misma forma «que especialmente en Inglaterra, Francia y Bélgica predomina hasta entre los católicos un criterio contrario al movimiento nacional, y que aún en los centros que nos (?) son favorables, se cree necesaria la terminación de la guerra por medio de un acuerdo entre las partes beligerantes». Y esto parece expresado en tal forma y en tales circunstancias (cumpliendo un orden de la propaganda fascista) que parece interpretar la contrariedad por una posible mediación. En efecto, a veces, el ardor de la

guerra acaba por suscitar el horror a la paz. El doctor Gomá está en su época de ardiente beligerancia.

Claramente se lee que la Carta Colectiva es un folleto de propaganda al servicio de los rebeldes y no un documento eclesiástico al servicio de Dios.

Por ello importaba redactarla en términos que emocionasen a la opinión católica adversa e influir «en los círculos políticos y diplomáticos que dirigen el movimiento internacional». Por ello también, su autor parece inquietarse de que, hasta muchos de sus amigos, sean partidarios de un arreglo. Un arreglo supondría la paz. Y como dicen los periódicos franquistas: «Queremos la guerra!» «¡La guerra y la victoria!».

Todo buen falangista, todo fiel servidor de la rebelión debe trabajar por que no haya tal arreglo, por que se retrase la paz, por que continúe la guerra entre esperanzas de victoria y realidades de sangre.

El doctor Gomá, por su Carta Colectiva, se ha encargado de esta misión: ha servido bien a la rebelión. Desearíamos que hubiese servido a Dios con el mismo celo.

(Euzco-Deya. París, 29-VIII-1937.)

Páginas para la historia del Frente Popular

Por DIEGO MARTINEZ BARRIO, Presidente de las Cortes españolas

y V

LA REBELION MILITAR

Al Presidente de la República española se le elige en una Asamblea especial constituida por los diputados a Cortes y un número igual de compromisarios votados exclusivamente para este fin. El número total de electores es el de 946, o sea 473 diputados y 473 compromisarios. En la elección del 11 de mayo tomaron parte 847, y el resultado fué el siguiente: don Manuel Azaña, 754 votos; don Ramón González Peña, 2; don Alejandro Lerroux, 1; don Francisco Largo Caballero, 1; don Miguel Primo de Rivera, 1, y en blanco, 88.

Votaron al señor Azaña, además de los grupos del Frente Popular, los nacionalistas vascos, los republicanos conservadores, los radicales, los liberales demócratas, la Lliga Regionalista catalana y los agrarios. Los votos en blanco correspondían a Acción Popular (partido de Gil Robles) y a algún que otro monárquico, como el conde de Romanones, que no quiso sumarse al acuerdo abstencionista de sus correligionarios. La elección del Presidente de la República fué, por tanto, un acto normal rodeado de todas las garantías que señala la Constitución, y al que prestaron su concurso la totalidad de los partidos españoles, salvo los monárquicos de las dos ramas y los anarquistas.

Al día siguiente de posesionarse de su cargo el señor Azaña, se declaró la crisis, y el Presidente comenzó las consultas de rigor, acudiendo a ellas, además de los jefes de los grupos parlamentarios de la mayoría, los de la oposición, señores Maura, Ventosa, Portela, Gil Robles y Cid. De esta forma, el 12 de mayo ratificaron su lealtad al régimen republicano los partidos fronterizos, Acción Popular, representada por Gil Robles; los Agrarios, por Cid, y la Lliga Catalana, por Ventosa. Desgraciadamente, esa lealtad se marchitó pronto, porque el 19 de julio se colocaron a las órdenes de los generales sublevados, no para defender la República, sino para hundirla.

Usando de su prerrogativa, el señor Azaña confió el encargo de formar Gobierno a don Santiago Casares Quiroga, y el nuevo Ministerio se presentó seguidamente a las Cortes. En ellas, por una gran mayoría, obtuvo el necesario voto de confianza, con lo cual todos los órganos del Estado se nutrieron de pleno poder. Y eso era España el 18 de julio, al sublevarse los funcio-

su Presidente elegido constitucionales militares: un Estado legal, con un Parlamento legítimo, y con un Gobierno poseedor de las dos confianzas exigibles: la de la Cámara y la del Presidente de la República.

Los que afirmaron que la sublevación se hizo contra unas Cortes facciosas, un Presidente usurpador y un Gobierno ilegal, habían perdido desdichadamente la memoria.

Sería crue, que yo insinuara que para los hombres de honor habían perdido algo más.

Ya es conocido el hecho de que la sublevación militar tuvo una larga gestación y suerte muy variada. Se iniciaron los trabajos subversivos el año 35, con el fin de impedir la vuelta al poder de los partidos republicanos de izquierda. El general Sanjurjo, sublevado el día 10 de agosto de 1932, indultado, primero, de la pena de muerte que le impuso un Consejo de Guerra y amnistiado después por las Cortes, púsose al frente de los conspiradores, dándoles una lección ejemplar sobre las calidades morales de los príncipes de la milicia española.

Desde sus comienzos, la rebelión militar se procuró un aliado civil, audaz y poco escrupuloso. Todas las sublevaciones necesitan crear un clima propicio que les granjee el respeto, o la neutralidad, al menos, de la sociedad donde han de desarrollarse. El brazo civil del general Sanjurjo facilitó esa obra. Deshonró al Estado y amedrentó a la sociedad, sembrando el terror.

El 12 de marzo, a la salida de su domicilio, el catedrático de la Universidad Central, don Luis Jiménez de Asúa, fué agredido a tiros por un grupo que le esperaba. El señor Jiménez de Asúa resultó ileso, pero un agente de policía que le acompañaba, don Jesús Gisbert, quedó muerto en la mitad de la calle.

El día 15 del mismo mes, varios desconocidos tirotearon la casa del diputado socialista señor Largo Caballero, a la hora en que éste solía regresar del Congreso.

El 7 de abril, un mozalbete llevó al domicilio de don Eduardo Ortega y Gasset, gobernador de Madrid con la República, un cesto de frutas. A los pocos minutos estallaba una bomba, destrozando la vivienda del señor Ortega.

El 13 de abril, otros desconocidos mataron a la puerta de su casa al magistrado del Tribunal Supremo, don Manuel Pedregal, que había sido ponente en la causa instruida por el atentado contra Jiménez de Asúa.

El 14 de abril, aniversario de la proclamación de la República, se hizo estallar una traza al lado de la tribuna donde se encontraban presenciando el desfile de la guarnición el Presidente de la República y el Gobierno. Al pie de la tribuna fué detenido un comandante de artillería, que, pistola en mano, se disponía a lanzarse sobre el Jefe del Estado.

El 7 de mayo, los desconocidos de turno asesinaron al capitán de artillería don Carlos Faraudo, instructor de las Milicias socialistas.

El 8 de mayo, varios individuos apodados en un automóvil ante la puerta del domicilio del ex ministro Sr. Alvarez Mendizábal, se le encontró pistolas ametralladoras y otras armas que pensaban utilizar, según dijeron, contra el desafortunado ex ministro.

Durante el mes de junio, el ambiente siguió saturándose de violencia. Los partidos, se increpaban furiosos, imputándose mutuamente los propósitos más horrendos. Al Gobierno se le avisaron los peligros, y yo, desde el sillón de presidente de la Cámara, exhorté una y otra vez, a la concordia.

Todo inútil. El brazo civil de la sublevación había desempeñado su papel concienzudo y eficazmente. Ya estaba creado el clima moral y la sociedad esperando estremeccida la explosión última.

Un día, el 13 de julio, mataron a tiros al capitán de Asalto señor Castillo, fervoroso republicano.

Aquella misma noche, de madrugada, otros hombres sacaron de su domicilio al señor Calvo Sotelo y lo asesinaron.

Los generales de los telegramas de adhesión y de las protestas de fidelidad a la República, creyeron la hora propicia y se lanzaron a la revuelta.

Desde su nacimiento, la rebelión militar se caracterizó por la hipocresía y la crueldad. Ni uno sólo de los militares sublevados dijo que se alzaba contra la República, ni siquiera contra el Gobierno, sino en previsión de una revolución comunista que consideraba cercana.

Duró la farsa los días precisos para sustituir a las pobres autoridades civiles, tan amedrentadas como sorprendidas, y encarcelar a los dirigentes del republicanismo y de las clases obreras. Luego se suprimieron, al término de las emisiones de radio, el himno nacional y los vítores a la República, y por último se restableció la bandera de la Monarquía y la marcha real.

Los militares españoles se han sublevado, a lo largo de la historia,

muchas veces, y algunas con éxito que todavía nos avergüenza. Pero aquellos generales del siglo XIX, cuando se levantaban contra Isabel II, no lo hacían, ciertamente, al grito de ¡viva la reina! Jugaban limpio, como es costumbre entre caballeros. Ahora, no.

El 19 de julio, la sublevación declaró un objetivo (defensa contra el comunismo) y, a mediados de agosto otro (sustitución de la República por las instituciones de la España tradicional). A fines de 1936 ninguna de estas interpretaciones se sostenía tampoco en pie. La cruda realidad es que nos encontrábamos ante una invasión extranjera, preparada por militares españoles, dirigida en lo interior a procurarse una hegemonía política y en lo exterior a debilitar la posición internacional de las grandes democracias occidentales. La pública declaración de los propósitos hizo que el movimiento nacionalista se perdiera entre las sombras. Sobre el tapete quedaron España, con su voluntad soberana de nación independiente, y el extranjero resuelto a imponer un protectorado económico, político y moral.

La rebelión se inició tácticamente como una expedición punitiva cruel. No habíamos de los hombres destruidos o arrasados. Nada de eso cuenta para ciertas mentalidades. Incluso devolverán el cargo, acusando a los partidos leales de idéntico salvajismo. Limitemos el recuerdo al Ejército. De las ocho regiones militares en que está dividida España, se sublevaron siete. La primera (Madrid); la segunda (Sevilla); la cuarta (Barcelona); la quinta (Zaragoza); la sexta (Burgos); la séptima (Valladolid) y la octava (Galicia). Quedó leal la tercera (Valencia), y a las pocas horas vencidos y sometidos Madrid y Barcelona. Los generales que mandaban las cinco divisiones que se declararon rebeldes, eran Villabrilie, Cabanellas, Batet, Molero y Salcedo. Pues bien, Batet, Molero y Salcedo han sido fusilados, y Villabrilie está preso. Como Cabanellas no

figuraba en los primeros momentos entre los conspiradores, no creyeron oportuno llevarlo a prisión, pero en su lugar se detuvo al heroico general Núñez de Prado, que por orden del Gobierno se había trasladado a Zaragoza.

¿Era comunista alguno de estos militares? ¿Lo era, acaso, el gobernador militar de Granada, general Campis, fusilado también? ¿O los generales Caridad Pita, gobernador militar de La Coruña, y Romerales, jefe de la circunscripción oriental de Marruecos, ambos pasados por las armas?

El delito castigado en los generales Batet, Núñez de Prado, Molero, Salcedo, Caridad Pita, Romerales y Campis fué el de lealtad a su palabra de honor. Horrendo crimen para Queipo de Llano y Cabanellas, especialistas en rebeliones, primero contra la Monarquía y luego contra la República.

La finalidad del movimiento rebelde era previsible. Yo lo anuncié el 8 de enero de 1936, con palabras que han resultado proféticas: «La violencia de las derechas nos pondrá en trance de guerra civil. Sólo la República puede ser la paz. Y, además, el salto en las tinieblas. Y, en fin de cuentas, la disolución nacional.»

¿Y la crueldad, la tremenda crueldad de esta lucha, podía prevérse? Mi deber y dolor de español me impiden examinar las pruebas que fijan la principal y primera responsabilidad.

Han de transcurrir todavía muchas jornadas sangrientas antes de que España se recobre.

El movimiento rebelde contra el Estado español carece de toda justificación legal y moral. Lo iniciaron militares ambiciosos y torpes; lo prosigue el apetito imperial de pueblos extranjeros que juegan su partida política internacional al amparo de nuestra guerra civil. España, desangrada, mutilada, pero fiel a su destino histórico, dirá las palabras finales.

Entonces volverán a abrirse los corazones y Europa respirará.

(De «Crítica», de Buenos Aires.)

La procedencia italiana de los submarinos franquistas, puesta al descubierto por el propio Queipo de Llano

PARIS. — Refiriéndose a la declaración hecha a la agencia Reuter por el ex general Queipo de Llano, afirmando que los rebeldes españoles poseen cuatro submarinos, «Le Populaire» dice: «Esta declaración es a la vez una confesión y una maniobra. La confesión es la de que los cuatro submarinos piratas trabajan al servicio de Franco. La maniobra es querer significar que no son italianos. Precisamos que el Almirantazgo británico ha identificado a los cuatro submarinos. Dos de éstos son los que Portugal entregó a Italia y que ésta, a su vez, entregó, violando los compromisos de No Intervención, a Franco, con su tripulación y oficiales italianos. Los dos restantes, del tipo «Arquimedes», son submarinos de la flota italiana que Italia ha vendido o prestado a Franco, a tripulación y el mando de dichas unidades son asimismo italianos.» — FABRA.

CARTAS DE ESPAÑA

Escritas por voluntarios americanos de la Brigada Lincoln

Después del gran número de testimonios de valerosos y eminentes periodistas, he pensado que estas cartas interesarían a nuestros lectores por varias razones.

Primeramente porque son, por su sencillez y por su sobriedad, un testimonio eocuente del valor y de la abnegación de quienes, lánónimamente, luchan con todas sus fuerzas para librar a España del yugo aplastante del fascismo; y también porque estas cartas han salido directamente de ese suelo centágoso y ensangrentado, como una cosecha de dolor.

Hay frases en estas cartas que, en su llareza, dicen más que muchos discursos.

Me he abstenido, al traducirlas, de adornarlas o coregírlas, de hacer nada que pudiese alterar su naturaleza. La única libertad que me he permitido ha sido la de suprimir algunos trozos que no tenían interés más que para los americanos, y aún esto lo he hecho lo menos posible. Por otras razones, he cortado voluntariamente algunos informes relativos a los lugares exactos de donde salieron estas cartas; así, he sustituido por iniciales los nombres de los pueblos y ciudades, y he suprimido las fechas.

Aclarados estos juntos, y gracias a la revista americana «New Masses», podemos dar a los lectores franceses estas cartas españolas.

CARTA NUMERO 1.

«...Sóo unas palabras. Experimento un sentimiento de alegría intensa al llamarme miembro de ese heroico grupo de antifascistas: la Brigada Internacional. He visto hechos, alemanes, franceses, americanos, todos los cuales resisten, y ahora atacan a las tropas bien instruidas de Hitler y de Mussolini. Trátase de una lucha por la victoria, y los americanos aportan su ayuda para vencer a las tropas del fascismo internacional. Por desgracia, tengo que anunciaros una mala noticia: nuestro amigo D. ha fallecido; fué muerto durante nuestro ataque en... Era artillero y estaba siempre en vanguardia cuando había que pelear. Su desaparición es una gran pérdida; pero seguiremos adelante para terminar la labor que D. quería llevar a cabo: la derrota del fascismo en España.

He sido herido en el mismo ataque, y aún estoy en el hospital, andando con muletas. ¡Qué dios! ¡Un buen mozo como yo, ¡hiváldo!... Me parece que aún tengo para algún tiempo en estas playas del Mediterráneo.—M.»

CARTA NUMERO 2.

«...El frente en que ahora me encuentro está muy tranquilo. En este instante, empéamos más manifiestos que balas. Los fascistas están sólo a trescientos metros de nosotros, en otros sitios, a veces nada más que a cien. Hace algunas noches probaron a cantarnos algunas cosas, pero no había entusiasmo ni nada en sus cantos. Entonces nosotros empezamos a cantar también; nosotros sí tenemos entusiasmo; ¡y de qué manera!

Estoy aquí desde hace una semana; llegué con un grupo a sustituir a muertos y heridos. Quisiera poder decirlo orgulloso que estoy de luchar en las filas de la Brigada Lincoln. Imaginaos que hay aquí muchachos desde hace... meses, que han tomado parte tres veces en avances bajo el fuego cerrado de las ametralladoras, que han dormido sobre el barro en noches de mucho frío, que muchos de ellos han visto caer a sus camaradas muertos o heridos; y, sin embargo, conservan un aliento indomable, nunca visto. ¿Cómo no estar orgu-

lloso de ellos? ¡Algunos vuelven del hospital!

Estoy seguro de que hacéis todo lo posible por ayudar al pueblo español. Si pudieseis ver cómo aprecia esta ayuda, redoblaríais vuestros esfuerzos. Nunca se hace demasiado. Recuerdo que en... un peñuero, se negó a cobrar a un americano, porque había venido de tan lejos para combatir al fascismo.—B.»

CARTA NUMERO 3.

«Parece como si todos los antifascistas del mundo hubieran venido aquí para el final de un match. Me he quedado boquiabierto cuando he visto la extensión del movimiento. ¡Hasta he visto un chino! Y no es sólo por viajar por lo que han venido aquí! En el tren, había dos alemanes que acababan de evadirse de un campo de concentración. Y seis o siete austríacos, los cuales salieron de su país con muchos más que murieron al pasar la frontera. Por lo que me ha dicho una camarada alemana, he comprendido que Hitler ha formado excelentes soldados para el Frente Popular! ¡Hay alemanes que vienen aquí inmediatamente después de haber cumplido su servicio militar!

Si alguien tuviese alguna duda sobre la voluntad del pueblo español, quedaría desvanecida al ver lo que nosotros hemos visto en el tren que nos ha traído aquí. Al paso del convoy, todos los labradores de los campos dejaban el trabajo y levantaban el puño para saludarnos; en las estaciones, nos rodeaban gritando: «¡No pasarán!» «¡Salud!»

Llegamos a Valencia cuando aún no clareaba el día; no había luzes y era algo fantástico atravesar una gran ciudad que parecía desierta. De vez en vez, se oía un «¡Salud!» Amanecía cuando volvimos al tren.

Estoy instalado en un campo de olivos que sería hermosísimo sin las trincheras que lo atraviesan en varias direcciones. Los dos últimos días han sido tranquilos; sólo de vez en cuando, se oyen algunos disparos de fusil o el tac-tac de una ametralladora. Esto ocurre cuando no se avanza por ninguno de los dos lados. Sin embargo, la ventaja parece estar de nuestra parte. En las últimas semanas, la Brigada Internacional, a la cual pertenece la Brigada Lincoln, ha hecho un magnífico avance, y ahora nos encontramos en unas posiciones muy fuertes, tenemos a los fascistas enfrente, rodeados por tres lados y con un río por detrás. Esperamos barrerlos de ahí en pocos días.

«...Las tropas fascistas no parecen tan seguras. Yo no las he visto aún, pero me han dicho que los moros y otros mercenarios comienzan a cansarse. Los fascistas tienen también en sus filas a muchos antifascistas, a quienes han enrolado a la fuerza; hace dos días, un miembro del Partido Comunista vino a nuestras líneas con nueve camaradas suyos.

Supongo que tendréis curiosidad por conocer mi hogar. La semana pasada dormí en un foso, a unos seiscientos metros de las líneas, donde, como comprenderéis, no estábamos muy bien, pues una colcha echada por encima del foso era muy poco abrigo. Ahora es otra cosa. Es mi tercer día de «frente». Cuando llegué aquí, noté que el rincón que se me había destinado era un agujero hecho en una pared de la trinchera (la más alejada del enemigo). El agujero tenía unos cuarenta centímetros de ancho; pasada esta entrada, tenía el agujero propiamente dicho, que podía tener alrededor de un metro por uno cin-

uenta, y era suficientemente alto para poder estar sentado; yo lo he mejorado abriendo en un rincón un sitio para la cabeza, cuando quiero dormir, con un poco de ingenio puedo instalarme bastante bien.

A propósito: ¿Quién es el mala sombra que ha dicho que España es el país del sol? La semana pasada llovió durante cuatro días.

La alimentación durante estos dos últimos días, ha sido aún mejor que de costumbre; pero siempre es muy buena. La razón de esta mejora, es el haber descubierto entre nosotros a un camarada chino, que, si no se portaba mal con una ametralladora, como cocinero es algo extraordinario. Ha protestado, pero trabaja como jefe de cocina, puesto que ametralladores tenemos bastantes.

Anoche, utilizamos un altavoz para nuestra propaganda. Apenas podía dar crédito a mis ojos cuando vi este altavoz. Se le ha bautizado con el nombre de la «Pesadilla de los charlatanes», consta de dos partes, cada una de las cuales va en un camión. El primero transporta la instalación eléctrica y una cabina blindada para el speaker; el segundo, lleva el altavoz propiamente dicho y tiene cerca de seis metros de largo por dos de ancho en la embocadura. ¡Qué buen efecto haría en nuestros mítines de Unión Square.—PAU.»

CARTA NUMERO 4.

Carta de un conductor de ambulancia.

Estoy en el frente Sur, cerca de T... y vivimos prácticamente, en la ambulancia.

Este vergel de bastante extensión en donde las trincheras se entrecruzan, está lleno de balas, de explosiones de obuses, de bombas que no hicieron explosión y de muertos.

Por todas partes por donde vamos encontramos a los muertos enterrados apresuradamente en donde cayeron. Ayer enterramos de nuevo a cinco, entre ellos un americano. Hace una semana este campo fué teatro de una batalla, y tendido aquí en mi ambulancia, en donde escribo, observo los árboles desfilados por las bombas, y los agujeros abiertos por los obuses, que no son muy grandes en realidad. Diviso casi con claridad a hombres que corren, de árbol a árbol y a los nuestros que los persiguen.

Ayer recogí algunos casquillos de balas dum-dum italianas; os guardo uno como recuerdo. Nos ha entregado revólveres y hacemos instrucción todos los días.

Teniais que ver cómo he cambiado. Estoy más delgado. Tengo más calma.

Entre paréntesis, he visto que el «Daily Worker» ha comenzado una campaña para enviarnos cigarrillos, etc... ¡Ya era hora! Aún me queda algún paquete «Chesterfield», que conservo para mejor ocasión. Yo creo que un paquete de cigarrillos, algunas pastillas de goma de masticar, unos bombones y calcetines de abrigo para cada hombre, harían más para ganar la guerra que todos los discursos juntos. Naturalmente, exagero.

El tiempo es horrible. Estamos en las montañas y llueve casi todos los días. Pero no penséis por ello que no me siento feliz. Lo soy verdaderamente; estoy contento de trabajar aquí. He visto ya cosas maravillosas, pero no os las puedo decir. Pero no son menos maravillosas las gentes que por aquí encontramos, que vienen de todos los rincones del mundo para luchar.

Lo que tenemos muchas ganas de recibir, más aún que cigarrillos, es algo que leer. Mandadnos todo lo

que podáis. No sé si sabréis que cada «Daily Worker» que llega aquí lo leen más de doscientos compañeros. Y, a veces, más aún.

¿Cómo está el Central Park? ¡Qué lejos lo veo! Tal vez habrá cambiado cuando vuelva, ¡si vuelvo!

El camarada americano que enterré esta mañana, me preocupa. No pudo terminar una carta que estaba escribiendo «...ayuda a llevar a lucha más adelante», decía, «...y cuando vuelva, lucharé de nuevo».

Mañana, vamos a un hospital del frente, a donde llevaré los heridos que recoja en las trincheras. He estado en los frentes de... y de... pero también he prestado otros servicios, llevando heridos desde el hospital de campaña a la base; trabajo peligroso, pero menos que el del frente. Estoy orgulloso de mi pericia en conducir mi ambulancia; cuando no hay carreteras, es preciso seguir senderos, de árbol en árbol, trabajar aprisa y evitar los hoyos, para que no padezcan los heridos; se les adormece un poco, pero no lo bastante para impedir que los repetidos vaivenes no les causen grandes sufrimientos si la herida es grave. Quizá me explico mal. La cosa es ésta: un hombre cae herido en el frente; se le evacua a la retaguardia por los atajos hasta el puesto de socorro; allí, un doctor lo reconoce. Si la herida es leve, se le cura y vuelve a las trincheras. Si es más grave, lo cojo y lo llevo al hospital de campaña, a dos kilómetros de retaguardia. Allí se hace toda clase de operaciones y se le evacua inmediatamente al hospital de la ciudad. He trabajado un poco en el puesto de socorro, pero, en general, mi trabajo está en el hospital de campaña o en el de la ciudad.

No escribo mucho sobre lo que veo, pero llevo un diario; y quizá un día os cuente todo lo que nos ha ocurrido por aquí.—V.H.»

CARTA NUMERO 5.

A las diez comenzó el ataque. Cargábamos al asalto en grupos de cinco, valerosamente y con disciplina. Las balas de las ametralladoras parecían perseguirnos, y unos segundos después nos enterábamos de que cubrían palmo a palmo la tierra de nadie. Pero ninguno de nosotros retrocedió.

Nos precipitamos hacia un olivo; dos de nosotros utilizaban el árbol como escudo contra la muerte que silbaba. Aunque os parezca raro, me volví y le pregunté a mi compañero: «¿Qué hacen después?» Me contestó: «¿Cómo quieres que yo lo sepa?» «¡Adelante!» Avanzamos separadamente, saltando hacia los árboles que había entre nosotros.

Uno de mis amigos, C..., cayó pesadamente, sin pronunciar palabra. Yo intenté arrastrarle hacia un árbol: trabajo inútil; tenía media cabeza arrancada por una bala explosiva. Seguí avanzando.

Dimos varios saltos que nos hicieron avanzar unos doscientos metros. Luego nos detuvimos para esperar órdenes. Como estábamos en mala situación, decidimos llegar hasta un muro de piedra, pero antes de que pudiesemos llegar, una ametralladora comenzó a disparar e hirió a muchos de nosotros. Trabajamos febrilmente para construir trincheras que nos protegiesen. A mi lado, tendido, había un cadáver, de un fascista, según creo, que murió en un ataque anterior; desde luego, es el primer fascista que veo desde que estoy aquí. Me sirve de barricada. Después de disparar mi fusil hasta que no podía más, me puse a cavar.

Me hirieron a las diez y veinte de la mañana. Volví a las trincheras a las diez y media de la noche. Esas diez horas pasadas en la tierra de nadie son una experiencia que no me gustaría volver a vivir. Esperaba un contraataque en cualquier momento. Había preparado mi fusil y mi bayoneta para el caso de que me fuesen necesarios. Pero sabía que era inútil. Intentar arrastrarme hacia nuestras posiciones en pleno día en la muerte segura bajo esta concentración de fuegos, que, al decir de los expertos, es la más importante desde la Gran Guerra. Entonces hice lo único que me quedaba por hacer, me planté. Quisiera poder describir lo que sentía, pero es imposible. Así que no contaré más que los acontecimientos que ocurrieron.

A las cinco de la tarde, empezó a caer una llovizna fría que transformó la tierra blanda en que yo estaba en barro, y mis ropas en una capa de hielo. Dios me protege sin duda. Pues pronto me dormí a causa de la humedad y de la pérdida de sangre, y con ello tuve unas horas de apacible reposo.

Hacia las nueve, un compañero sacudió el cuerpo tendido a mi lado, que no se movió, me sacude a mí y no me muevo tampoco; me sacude más y me despierto: «¡Hola S...!—¿Estás herido? ¿Dónde?»—«¡En el pie!»—«¿Quieres que te ayude?»—«No, voy a ver si puedo correr». Lo intenté, ¡pero imposible! Comencé a arrastrarme. S... se quedó conmigo hasta que le dije que fuera a ayudar a algún otro que yo. Me abandonó entonces. Algún tiempo después, otro americano vino hacia mí para auxiliarme, lo que quiso hacer casi a la fuerza; pero yo me desasí de él.

¡Qué héroes, estos muchachos que durante toda la noche fueron en socorro de los heridos! Sólo la clase obrera y el antifascismo pueden producir tales hombres.

Sabiendo que los camaradas trataban de recoger los heridos, los malditos fascistas barrieron casi toda la noche el terreno con ametralladoras.

Esto me sobrecogió, me parecía que tardaría una eternidad en volver a las líneas. Por fortuna, el fuego de las ametralladoras no iba en dirección mía —o acaso estaba tan preocupado que no oía el silbar de las balas—. ¡Llegué a las líneas sano y salvo!

Hace tres meses de esto (tengo un músculo del pie completamente cortado), pero ahora estoy pronto a volver de nuevo al frente.—N»

(Cartas recogidas y presentadas por A. Chennevière.)

(«Regards», 2-9-37.)

El clero de Belchite envía una carta de agradecimiento al general Pozas

BELCHITE. — El párroco Luis Doñate, el coadjutor Lázaro Vaqueiro y el beneficiado Santiago Alegre, de la parroquia de Belchite, que se encuentran bajo el amparo de la República, han dirigido una carta al general Pozas agradeciendo el trato que reciben del Ejército republicano.—Febus.

Este BOLETIN se reparte gratuitamente

La enfermedad de la economía alemana

El rearme ha devorado el aumento de la producción y los 65 millones de alemanes no han sacado ningún provecho para sus necesidades

En la producción industrial de Alemania se ha llegado, sin duda, este verano, a un máximo de capacidad técnica y cuantitativa. Sin embargo, el rendimiento económico pudiera ser mucho mayor si se renunciase a la desmedida inversión en empresas improductivas. Se han movilizad sin escrúpulos las últimas reservas en materias primas y fuerzas humanas, las cuales sirven, sin embargo, sólo en una parte mínima a las necesidades del pueblo, en su mayoría al rearme y a la construcción de carreteras y fábricas para la producción de materias primas artificiales, que resultan sumamente caras. El número de personas sin trabajo ha llegado a un mínimo de 563.000, de un total de 19 millones de obreros que trabajan. La siguiente estadística oficial del Gobierno alemán demuestra claramente que el rearme ha devorado todo el aumento de la producción y que los 65 millones de alemanes no han sacado ningún provecho para sus necesidades:

Producción diaria en el mes de mayo

1928=100	1934	1935	1936	1937
Medios de producción	76,7	101,1	116,2	130,2
Mercancías de inversión	75,4	103,8	123,1	134,1
Producción de artículos de consumo	92,0	85,5	91,7	95,0

Es decir, mientras la producción industrial (rearme) se ha aumentado vertiginosamente de 76,7 en el año 1934 a 134,1 en el año 1937, sólo la producción de artículos de consumo apenas ha variado.

(«Neue Zürcher Zeitung», 27-VIII-37.)

ESPIAS NAZIS, DIPLOMATICOS

La «organización extranjera» del partido nacionalsocialista, que acaba de ser desenmascarada en Londres como una organización de espionaje, está preparando para el próximo otoño otra ofensiva contra diversos países, sin que se tomen en Berlín la menor molestia en disimularlo; al contrario, con desmedida franqueza se viene usurpando el derecho a inmiscuirse, bajo cualquier forma, en los asuntos de todas las naciones, según conviene a su táctica de deshacer las democracias.

El director de la organización de los alemanes domiciliados en el extranjero, Guillermo Bohle, individuo de mala fama, acaba de decretar nuevas órdenes, que solamente pueden ser consideradas como contramedidas a la expulsión de Inglaterra de los periodistas espías.

Según estas nuevas órdenes, los cabecillas del espionaje en el extranjero son elevados al rango de diplomáticos y se les otorgará los mismos derechos que a los representantes oficiales.

Un nuevo reglamento prescribe que los directores de estas organizaciones tomen parte en todas las fiestas oficiales en que el embajador o el ministro figuren como invitados. En otras palabras: si no queréis nuestros espías como «periodistas» tendréis que aceptarlos como «diplomáticos».

En Dinamarca han tomado ya carácter oficial estas nuevas medidas. El «jefe de Prensa» de este país ha sido ascendido a ministro, en su calidad de «Landesleiter», dirigente de los alemanes en Dinamarca. El hecho de que Goebbels haya prohibido al mismo tiempo el suplemento en lengua alemana del único periódico danamarqués de Alemania, el «Frensborg Avis», fué tal vez casualidad, aunque una casualidad muy extraña.

Este nuevo procedimiento de la Alemania de Hitler, de inmiscuirse en los asuntos interiores de

otros países, ha producido en Inglaterra gran sensación, tanto más cuanto que acaba de llegar a Londres el corresponsal de «The Times» en Berlín Ebbut, expulsado por los nazis, sin que el Gabinete inglés haya caído en el dislate de elevar rápidamente a su compatriota al rango de diplomático. Estos procedimientos los toleran únicamente los demócratas, de los cuales abusan los fascistas, que hacen este otro ensayo para ver si se les deja las manos libres para poner bajo el yugo de su «partido» a toda Europa.

Parece ser que se considera a los países europeos como si no fueran más que «Gau» y «Untergau» (posiciones y dominios) del partido «nazi». También son éstas las consecuencias de la farsa londinense de la «No Intervención» que, comenzada en España, se propone continuar en otras naciones. Los resultados han sido terribles.

¿Se pondrán, al fin, de acuerdo las potencias democráticas para hacer imposible la cínica «intervención» del partido militarista alemán, en los asuntos de otros pueblos?

(«Deutsche Volkszeitung», 29-VII-37.)

COMO ANTES

Las noticias del Mediterráneo, por lo que respecta a la Gran Bretaña, siguen siendo las mismas: Franco captura un buque inglés, que se dirigía a España, con cargamento de gasolina; el Gobierno inglés envía la consabida protesta y ahora Franco tiene seis comunicaciones del tipo de «Muy señor mío, a menos que...»

(«Daily Express», 7-9-37.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

Protección del Tesoro Bibliográfico Español

Réplica a Miguel Artigas

por el Catedrático D. Antonio Rodríguez Moñino, de la primera Junta de Protección y Salvamento del Tesoro Artístico de Madrid

y V

Thomas, el de Bruselas, gran editor de Góngora: nuevos códices gongorinos contemporáneos de Don Luis, que su propietario Lázaro Galdeano no dejaba ver a nadie, con curiosas versiones de las «Soledades», aguardan a que su docta pluma los comente como se merecen.

Thomas, el de Londres, que hace años buscaba en Madrid infructuosamente las «Primeras tragedias, españolas» de Antonio de Silva: cuatro ejemplares tiene hoy la Biblioteca Nacional. El antiguo investigador de los libros de caballerías puede ahora manejar en el mismo establecimiento rarísimas ediciones góticas de «Henriquez de Oliva», de Oliveros de Castilla y Artus de Algarve, de «la Reina Sevilla», «del rey Canamor y del infante Turian», de «Grisalte y Mirabella», una desconocida edición del «Conde Partinuplés» y muchísimas más. Thomas, que con tanto amor estudió las viejas encuadernaciones españolas, puede hoy trabajar con la serie inapreciable constituida por la «Colección del marqués de Moya»; más de quinientos volúmenes con encuadernaciones fechadas entre 1591 y 1595, que ocultaba a la vista de todos la familia Zabáburu.

Ezio Levi, lopista, ilustre investigador de nuestras relaciones literarias con Italia: un tesoro de ediciones rarísimas o desconocidas de Ulloa, Aldana, Camerino, Pedro Lanini, Pandolfo Colenuccio, Paulo Jovio, Balbi de Correggió, Hierónimo de Franchi Conestaggio, Ludovico Dolce, Sannazaro, han surgido de desvanes o buhardillas en donde los seculares enemigos del pueblo los tenían sepultados. La magnífica biblioteca, que usted tan bien conoce, del Castell d'Escornalbou, protegida y bajo la custodia del Gobierno de la Generalitat de Cataluña, le ofrece numerosas posibilidades de trabajo en sus series hispanoitalianas, únicas en el mundo, sobre todo en impresos.

Profesor Van-Dam, insigne editor de «El castigo sin venganza»: ¿Consiguió usted ver alguna vez el autógrafo de «El Caballero de Olmedo» del Fénix de los Ingenios que escondía en sus anaqueles José Lázaro? Ahora está en la Biblioteca Nacional de Madrid, dispuesto para su estudio y con él más de cuatrocientas ediciones de Lope, algunas desconocidas y todas de la mayor rareza. Los materiales que reunió Amezcua para preparar el «Epistolario» del autor de «La Circe», cuidadosamente ordenados en el mismo establecimiento, y el Ministerio

de Instrucción Pública y Bellas Artes está a punto de recoger en estos momentos un volumen con cerca de cien cartas autógrafas e inéditas de Lope. Todo a disposición de quienes, como usted, pueden utilizarlos en provecho de la cultura.

J. B. Trend, hispanista inglés, traductor de «Don Juan Manuel», investigador de nuestra vieja música española: toda la serie de Medinaceli, tan doctamente inventariada por usted, está en la Biblioteca Nacional de Madrid. Allí los Juan Vázquez, los Martínez Bizcargui, la «Luzbella» de Marcos Durán, los libros del Bachiller Tapia, el «Vergel de Música», los Esteban Daza, las obras de Miguel de Fuenllana, el «Delfín de la Música» y la «Orfénica Lira», los tratados del divino Salinas, todo reunido y cuidadosamente seleccionado junto a los magníficos «Processionale toletanum» e «Hispalense», aguarda los frutos de su inteligente curiosidad. Y con ellos, tres tomos de música popular española, anteriores a 1550, de los mejores maestros, manuscritos e inéditos, que la avaricia bibliográfica del ex marqués de Toca no quiso jamás enseñar a nadie.

Joaquim de Carvalho, profesor de Coimbra, cuyos estudios sobre los judíos españoles y portugueses han honrado las páginas de la «Revista de Estudos Hebraicos» y de «O Instituto», biógrafo ilustre de Leao Hebreu, comentarista de Baruch de Espinoza y editor de Abrahao Zacuth: treinta años llevaban guardados en los sótanos del Banco de España los procesos de judíos toledanos del siglo XVI que a nadie dejó ver nunca el ex condé de Heredia-Spinola. El material biográfico y humano en ellos sepultado es enorme. Ahora puede usted estudiarlos como se merecen y extraer de la magnífica serie nuevos datos y documentos para sus utilísimos estudios.

Joseph E. Gillet, norteamericano, tal vez el erudito que mayor número de piezas dramáticas españolas del siglo XVI ha sacado del olvido, autor de ediciones registrales como la hecha en Princeton 1933 de la «Tragedia Josefina» de Micael de Carvajal, ¿cómo ha de quedar «espantado de dolor» al ver que toda la riqueza teatral que él conoce está intacta y que sobre ella puede utilizar ediciones desconocidas de piecitas dramáticas tan importantes como la «Farsa del Sordo», las rarísimas «Tragedias» de Jerónimo Bermúdez, la «Comedia Eufrosina», una magnífica serie de «Celestinas» o las innumerables ediciones de Lope, Calderón, Tirso, Moreto, Alarcón, Solís, etc., etc., que de cien distintas procedencias han venido a reunirse en el anchuroso mar de nuestra Biblioteca Nacional de Madrid?

Giovanni Maria Bertini, discípulo de Farinelli, conocedor como pocos de nuestra mística, editor del P. Fray Francisco de Osuna, director de una preciosa colección de místicos españoles: escondidos en la clausura de monasterios y conventos había centenares de ediciones que usted no pudo nunca ver y que hoy el Gobierno de la República Española ha incorporado al patrimonio nacional que es al mismo tiempo el de la cultura universal. Junto con viejos y rarísimos tratados de San Pedro

de Alcántara, de Fr. Francisco de Osuna, de Fr. Luis de Granada, del jesuita P. Rodríguez y de tantos otros, podrá usted bucear el alma de nuestros místicos en libros nunca publicados, en opúsculos manuscritos, obra de monjas y frailes del siglo XVI, que jamás salieron de las cuatro paredes de la biblioteca conventual. Buena oportunidad brinda a su docta pluma el puñado de folios con poesías místicas de la hija de Lope, de Sor Marcela de San Félix, desconocido para todos y que procedente de un viejo convento se guarda hoy en la Biblioteca Nacional!

Dorotheu Schilling, el maestro de nuestros hispano-orientalistas contemporáneos: de aquella famosa «Relación» de Don Juan de Cévicos, tan interesante para el estudio del pasado hispanojaponés, que usted buscó infructuosamente fuera de la Academia de la Historia, ya hay un ejemplar accesible a sus diligentes ojos de erudito. Las primitivas impresiones de las Cartas de Japao y de las «Cartas de los Padres de la Compañía, de la India», que valen un tesoro, hoy se han incorporado a nuestro primer depósito bibliográfico. Relaciones rarísimas que en vano se buscarían en la «Bibliotheca Missionum» del P. Streit, hojas sueltas con narración de sucesos y martirios, están desde ahora a disposición de los estudiosos.

Theobald Biermann, sinólogo, el más competente erudito en materias hispanochinas: el manuscrito del primer libro chino traducido a un idioma occidental el incomparable «Beng-si-po-camp» («Espejo rico del claro corazón»), la obra de Fr. Juan Cobo, ignorada hasta por Pellier, la persona que pasa por saber más de literatura china antigua, en la Biblioteca Nacional está. Y allí también esas rarísimas «Relaciones Anuas» del siglo XVII y esas verdaderas historias locales que tanta luz arrojan, sobre todo las del vicariato de Fo-Kieng, sobre la vida, costumbres y cultura de los establecimientos españoles en China durante los siglos XVI, XVII y XVIII.

Sería enojosamente dilatado seguir enumerando. Con lo dicho aquí basta para darse perfecta cuenta de cómo, no sólo se ha evitado esa destrucción que Artigas afirma, sino que nuestras colecciones se han visto aumentadas en un cien por cien y hoy, más que nunca, están francas y libres para toda persona que se acerque a ellas con deseos de trabajar en la enorme cantera del pasado español.

Nada decimos de las últimas líneas del artículo de Artigas porque sus fines políticos y de propaganda caen fuera de nuestro alcance; es lamentable que personas que afirman su dignidad intelectual, caigan tan irreflexivamente en el error. El invita a los hispanistas a realizar una labor de propaganda política; nosotros únicamente les ofrecemos todo lo que conocían ya, más una enorme colección de fondos nuevos recogidos, clasificados y catalogados científicamente, que habrán de ser las más firmes bases sobre las que construir el edificio gigante y glorioso del pasado español.

F I N